

# *Las tensiones de los primeros meses del exilio republicano comunista, febrero-septiembre de 1939*

**Josep Puigsech Farràs**

Universitat Autònoma de Barcelona

Fecha de aceptación definitiva: 19 de enero de 2008

**Resumen:** El devenir de los primeros meses del exilio republicano comunista tras la conquista de Cataluña por parte de las tropas del general Franco en febrero de 1939, se convierte en el objetivo de las siguientes líneas. Los materiales procedentes de los archivos de la extinta Unión Soviética, así como los diferentes fondos existentes en el Estado español, permiten reconstruir con interesante precisión novedosos aspectos del proceso de supervivencia que tuvieron que afrontar los comunistas españoles al pisar suelo francés. La desorganización y el desamparo, así como la división y el enfrentamiento interno, fueron las características predominantes durante esos días. La introducción de un nuevo marco geopolítico semanas después, con el desplazamiento de la cúpula directiva del comunismo español a la Unión Soviética, empezó a aplacarlo. Su cenit se alcanzó durante el verano de 1939. Por un lado, el movimiento comunista español definió su política ante el exilio y el régimen franquista. Y, por otro, llegó a tener dos secciones oficiales dentro de la Internacional Comunista, convirtiéndose así en una original excepción dentro del movimiento comunista internacional. Además, zanjó las responsabilidades sobre la derrota republicana en el nordeste peninsular, a través de un proceso de debate interno y auto-crítica inducida.

**Palabras clave:** Partido Comunista de España, Internacional Comunista, exilio, tensión, militancia.

**Abstract:** The survival of the first months of the republican communist exile after General Franco's troops conquered Catalonia in February 1939, is the aim of the following lines. The material from the extinct Soviet Union archives, also the different funds the Spanish state has, allows us to reconstruct with interesting precision, new aspects of the process of survival the Spanish communists had to face once they were in French territory. They were disorganized, had no protection, they were also divided and had internal confrontation; those were the main characteristics during those days. The introduction weeks after of a new geopolitical situation, and the Spanish leaders moving to the

Soviet Union, started to reduce it. Reaching it's climax during the summer of 1939. Firstly the Spanish communist movement defined in front of exile and political regimen Franco's. Secondly the Spanish communist movement had two official sections in the International Communist, becoming an original exception in the international communist movement. Furthermore, they also tried to settle the responsibilities of the defeat on the north-eastern republican territory during the Civil War, through a process of internal debate and self induced criticism.

*Key words:* Communist Party of Spain, International Communist, exile, tension, militants.

Habitualmente, las etapas de transición de un proceso histórico a otro han captado un interés reducido en las filas de la historiografía. Numerosos son los ejemplos que podríamos citar. Entre ellos, la fracción cronológico-temática comprendida entre el inicio del exilio comunista tras la derrota final de las fuerzas republicanas en el nordeste peninsular en febrero de 1939, y el inicio de la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939. Una etapa claramente de interregno, que cumple la máxima de miseria y grandeza con la que algunas voces han caracterizado la trayectoria de la familia comunista en el exilio<sup>1</sup>. Grandeza, en cuanto a la epopeya que tuvieron que afrontar los citados protagonistas. Miseria, en referencia a la realidad objetiva que definió su propia evolución interna.

Una nueva etapa de la historia del comunismo español se inició el 9 de febrero de 1939 a las doce y media del mediodía, cuando la dirección del Partido Comunista de España (PCE) cruzó la frontera francesa<sup>2</sup>. Tan solo un día después, las tropas del general Francisco Franco sellaban el control absoluto del territorio nordeste peninsular. Así, pues, el exilio se convertía en un nuevo teatro de actuación para la mayoría de los comunistas españoles. Muchos de ellos estaban convencidos que se trataba de una experiencia provisional, de muy corta duración. Pero a partir de ahora sus vidas estarían asociadas a Francia y la Unión Soviética. Mientras tanto, un pequeño remanente resistía en el interior, protagonizando la agonía final del estado republicano en la zona centro peninsular. Su destino posterior acabaría siendo también el exilio o, en su derivación, las cárceles y los campos de concentración franquistas.

Sin embargo, a partir del 9 de febrero de 1939 hizo acto de aparición un elemento que caracterizaría el devenir del movimiento comunista durante los primeros siete meses de su exilio: la tensión. Se trataba de un elemento diferencial respecto a otras fuerzas en el exilio, convirtiendo a nuestro colectivo en un mar de exilados lleno de fricciones, algunas de las cuales desembocaron en originalidades aparentemente inimaginables e, incluso en algunos casos, en situaciones casi esperpénticas.

### *La primera piedra en el camino: el traslado de los fondos archivísticos*

Precisamente, el inicio de la dinámica de tensión se situó a caballo entre los últimos días de la guerra en el nordeste peninsular y los primeros del exilio

<sup>1</sup> Véase el título emblemático de la obra correspondiente a MORÁN, Gregorio: *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España. 1939-1985*, Barcelona, Planeta, 1985. En una línea tampoco excesivamente distanciada de esta percepción, puede consultarse ESTRUCH, Joan: *Historia del PCE (1920-1939)*, Barcelona, El Viejo Topo, 1978.

<sup>2</sup> La fiabilidad de estos datos se sustenta en la recopilación factual que ejerció el alto cuadro del PCE, Antonio Mije, y que puede consultarse en: MIJE, Antonio: «Informe sobre la actividad del PSUC». 2 y 3-III-1939, Film XX: sección 246, p. 3. Archivo Histórico del Comité Central del Partido Comunista de España (AHCCPCE).

francés. El protagonismo lo mereció el traslado de los fondos archivísticos del PCE hacia el exilio. La necesidad de salvaguardar los fondos del partido ante la posibilidad de que cayeran en manos franquistas generó un proceso de traslado urgente hacia Francia. No debemos perder de vista que esos materiales tenían un elevado valor económico, ya que estaban integrados por el grueso de los recursos financieros del partido. Pero también lo tenían desde la óptica político-ideológica, ya que estaban repletos de kilómetros y kilómetros de informes sobre cada uno de sus militantes y simpatizantes, así como recopilaciones sobre el funcionamiento y las decisiones de la estructura dirigente y organizativa del partido, sin olvidar los materiales de vinculación con la Internacional Comunista (IC).

En este sentido, el hecho de que la propia dirección de la IC encargase elaborar diferentes informes que esclarecieran el mecanismo de su traslado y su estado actual, demuestran su alto valor cualitativo y cuantitativo. El Comité Ejecutivo de la IC acabó recibiendo las informaciones requeridas durante los meses de junio y septiembre de 1939. Moscú quiso asegurar la eficacia de la acción informativa que perseguía, y por ello encargó a cuatro sujetos diferentes la recopilación de los datos. Primero optó por el trabajo de campo de dos miembros de la sección de cuadros del Comité Ejecutivo de la IC, Georgi Belov i Stela Blagoeva. Dichos protagonistas centraron sus investigaciones en la confección de diferentes encuestas y entrevistas a militantes del PCE en el exilio, así como a los integrantes de más o menos su equivalente en Cataluña, el Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC). Las conclusiones quedaron sintetizadas en un detallado informe, que se hizo llegar a la dirección de la IC a través de un alto cuadro del Comité Ejecutivo del propio organismo internacional, Panteleimon Gulaiev<sup>3</sup>. El segundo informe fue elaborado por algún alto cuadro dirigente de la IC, del cual los fondos documentales soviéticos no nos precisan su autoría, aunque podría corresponder a Dimitri Manuilski. En este caso se llegó a un seguido de conclusiones a partir del informe presentado por Belov y Blagoeva, con el objetivo de precisar las responsabilidades individuales en el proceso de traslado de los fondos del partido<sup>4</sup>. Y, finalmente, el tercer informe fue realizado por el Buró Político del

<sup>3</sup> Este material se convirtió en el primer informe elaborado por el aparato de la IC sobre el proceso de traslado de los fondos del PCE. Constituyó el esqueleto básico a partir del cual se empezó a trabajar, aunque requirió posteriores matizaciones/rectificaciones. Puede consultarse en BELOV, Georgi y BLAGOEVA, Stela: «El suceso del fracaso del archivo del PC de España y del PSUC». 13-VI-1939, Fondo 495: circunscripción 10 a, caso número 247, 5 pp. Archivo Estatal Ruso de Historia Socio-Política (RGASPI). Copia de los citados fondos del RGASPI, depositada en el Centro de Estudios Históricos Internacionales (CEHI), caja 3 (4 u).

<sup>4</sup> Véase MANUILSKI, Dimitri (?): «Cuestiones a esclarecer sobre las circunstancias poco claras del traslado de los archivos del PCE y el PSUC a Francia». 15-IX-1939, Fondo 495: circunscripción 74, caso número 220, 2 pp. RGASPI. Copia de los citados fondos del RGASPI, depositada en el CEHI, caja 5 (2 h).

Partido Comunista Francés (PCF), ya que se trataba del legítimo representante y el brazo ejecutor de la IC en el estado francés. Además, era la vía más fácil y rápida que podía utilizar Moscú para enlazar con los exilados comunistas españoles. En este caso, el objetivo también era personalizar las responsabilidades del traslado de los fondos del partido español<sup>5</sup>.

A partir de todo este material, el devenir de los sucesos que el historiador puede clarificar es significativo. De entrada, revela la existencia de un plan organizado para su traslado, orquestado por la IC y con implicación del aparato estatal soviético. Concretamente, la embajada de la URSS en Barcelona fue utilizada como correa de transmisión de las órdenes diseñadas desde la IC y, Kotov, el agente del servicio de espionaje soviético encargado de materializar dichas estrategias. Así, pues, el traslado de los fondos del PCE no se dejó en manos de la improvisación y el descontrol. Al contrario. Fue objeto de un plan elaborado con relativa antelación y con coherencia organizativa. Además, sus protagonistas estaban perfectamente identificados: el ya citado cuadro de confianza del Comisariado Popular para Asuntos Internos (NKVD), un par de miembros de la cúpula directiva del PCE y los dos delegados de más confianza que la IC tenía en estos momentos en el territorio republicano, o sea, Kotov, José Díaz, Pedro Checa, Palmiro Togliatti («Ercoli») y Stepan Minev («Stepanov»). A ellos se acabaron añadiendo, por decisión de Kotov, dos altos cuadros del aparato directivo del PSUC, Miquel Valdés y Joan Morgades, en tanto que el operativo de evacuación partía del territorio catalán<sup>6</sup>. A partir de aquí, los citados responsables fueron seleccionando sus propios colaboradores personales, cada uno de los cuales debía realizar una tarea muy específica y breve, con el objetivo de garantizar la seguridad y efectividad de la misión encomendada<sup>7</sup>.

<sup>5</sup> BURO POLÍTICO DEL PCF: «Sin título». 15-IX-1939, Fondo 495: circunscripción 74, caso número 220, 2 pp. Copia de los citados fondos del RGASPI, depositada en el CEHI, caja 5 (2 h).

<sup>6</sup> La presencia de estos dos nuevos elementos queda constatada en el interrogatorio que Blagoeva ejerció sobre el miembro del PCE, Luis Fernández, el 4-VI-1939. Este último confirmó que «(...) Valdés acompañó al camión y a las cajas (...) En general, llevaron a cabo esta tarea Valdés y Morgades. Kotov, desde la embajada, así lo organizó», en BLAGOEVA, Stela: «Sin título». 4-VI-1939, Fondo 495: circunscripción 10 a, caso número 247, p. 1. RGASPI. Copia de los citados fondos del RGASPI, depositada en el CEHI, caja 3 (4 o).

<sup>7</sup> En este sentido, está especialmente documentada la cuestión vinculada con el traslado específico de los fondos del PSUC. Participaron dos miembros de la dirección del citado partido, Valdés y Canals, además de un militante de base, Casteló. A ellos se añadieron el diputado comunista Venoa, dos miembros del PCE (Olaso y Marlés, este último también miembro de la dirección del PSUC), y el enlace del PCF en territorio francés, Jean. Además, existió un colectivo que tuvo conocimiento del traslado, pero no participó directamente en él. Se trataba de dos militantes del PSUC, Benejam y González, en tanto que secretarios del comité del PSUC en el campo de concentración de Saint-Cyprien; Felipe Arconada, José Gómez, Hurtado, Trilla y Cárdenas en tanto que integrantes del campo de concentración número 15 de la misma localidad y militantes del PCE; Antonio como funcionario del aparato del Comité

La efectividad del plan de evacuación fue notable. Tras recibir la autorización pertinente de Moscú, se puso en marcha a mediados de enero de 1939. En líneas generales se cumplieron los pasos establecidos, aunque es cierto que hubo un par de matizaciones que merecen nuestra atención. En primer lugar, estaba previsto que los fondos del PCE se trasladasen separados de los del PSUC, garantizando así una mayor seguridad para ambos, aunque probablemente también pesase en ello la tensa relación que habían mantenido los dos partidos durante la Guerra Civil<sup>8</sup>. Sea como fuere, y sin explicación formal, los fondos de los dos partidos acabaron compartiendo los mismos camiones. Y, en segundo lugar, el paso de frontera que se había diseñado en el plan original debía realizarse por la vía de La Jonquera, ya que se trataba de la vía más segura y, por ese mismo motivo, la propia dirección del PCE cruzó por este puesto fronterizo. No obstante, y nuevamente sin explicación formal, los fondos acabaron cruzando la frontera por el puesto fronterizo secundario de Port-Bou. Estos dos sucesos revelan la presión del tiempo y el nerviosismo que ejercía la ofensiva militar del general Franco sobre el nordeste peninsular. Pero también, y quizás eso es lo más significativo y revelador, el control de la IC sobre el movimiento comunista español no llegaba a alcanzar el grado de sumisión absoluta y monolítica que algunas interpretaciones históricas han querido dar a entender<sup>9</sup>. Ahora bien, ello no nos permite afirmar que poseyera un grado de autonomía notable respecto a la IC. Todo lo contrario. Su dependencia era enorme, casi extenuante si se quiere. Pero no era absoluta.

La llegada a Francia se convirtió automáticamente en sinónimo de problemas y, con ellos, del inicio de la tensión que persiguió al conglomerado comunista durante los primeros meses del exilio. El primer gran problema no residió en el hecho de que la gendarmería de aduana interceptase y retuviese momentáneamente los fondos del PCE y del PSUC. Al fin y al cabo, la red de transporte creada desde Moscú consiguió que uno de sus colaboradores, concretamente un diputado francés del que no acabó trascendiendo su identificación, convenciese a las citadas autoridades de aduana para que permitiesen la continuación del traslado. Los sobornos utilizados para ello acabaron mostrándose inútiles tras evidenciarse el error cometido en la selección de un par de los miembros de la cadena

Central del PCE; Domínguez y Caña Mera como militantes del PCE en el campo de concentración número 16 de la misma localidad; y, finalmente, los miembros del PCE, Antón, Ambou, Delaje, Angelín y Pérez Peregrueso. Para más información, consúltese BELOV, Georgi y BLAGOEVA, Stela: «El suceso del...», *op. cit.*, p. 5.

<sup>8</sup> El seguimiento detallado de la trayectoria PCE-PSUC durante la Guerra Civil puede consultarse en la obra PUIGSECH, Josep: *Nosaltres, els comunistes catalans. El PSUC i la Internacional Comunista durant la Guerra Civil*, Vic, Eumo, 2001, pp. 41-89.

<sup>9</sup> El paradigma en este sentido corresponde a la interpretación recogida en la obra ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta: *Queridos camaradas. La internacional Comunista y España. 1919-1939*, Barcelona, Planeta, 1999.

de traslado. Dejemos que sean Belov y Blagoeva quienes señalen con su dedo acusador a los responsables del suceso, que acabaron permitiendo que una parte indeterminada de los citados fondos acabasen en manos de la policía de frontera de la nueva España franquista:

En Perpiñán, Ercoli habló con Kotov después de la evacuación de Cataluña y este último le comunicó que el archivo había caído en manos de la gendarmería de aduana francesa; que conjuntamente con el camión del archivo del PC de España iba una tanqueta de gasolina con el archivo del PSUC, en la cual había documentos de valor, oro y otros; que con la ayuda de un diputado francés y de sobornos conseguimos solucionarlo todo para recuperar el archivo, pero Valdés y Morgades se dirigieron a la aduana y dijeron que allí había documentos de valor y algunas otras cosas, motivo por el cual la aduana se negó a retornar el archivo. /Según testimonio del c. Ercoli/<sup>10</sup>.

A pesar de la pérdida parcial de fondos, la red creada por la IC consiguió que el resto de los materiales del partido pasasen inadvertidos unos días después. Esos materiales, que representaban aproximadamente la mitad del total de los fondos objeto de la evacuación, fueron trasladados por dos camiones de carga, de cinco y siete toneladas respectivamente. Su destino final fueron los campos de concentración de Saint-Ciprien. Uno de ellos, el campo número trece. Pero algunos miembros del PCE decidieron incinerar buena parte de la documentación ante el temor de que los gendarmes y soldados franceses acabasen descubriendo los materiales. En este caso se trató de una decisión instintiva de los militantes, alejada de cualquier posible acción jerarquizada y diseñada desde Moscú, elemento que nuevamente demostraba la inviabilidad de la tesis de sumisión absoluta del comunismo español ante la IC. En cambio, los fondos económicos fueron conservados, fundamentalmente lingotes de oro y plata, así como bonos en papel moneda. Pero una parte de ellos acabó en manos y lugar desconocido, generándose una auténtica *leyenda urbana* sobre su/s poseedor/es. El resto, fue parejo a los movimientos físicos de la dirección del partido, que culminaron con la llegada a la capital de la Unión Soviética.

La trayectoria y la resolución final de toda esta temática confirma nuestra tesis sobre los momentos iniciales del exilio comunista: tensión en el proceso de traslado hasta la frontera, ya que provocó dos matizaciones respecto al plan original; tensión a su llegada a la aduana francesa, ya que generó la pérdida de la mitad del archivo documental-monetario, acabando en manos de la policía franquista; y, tensión, en la gestión de la mitad restante, que llevó a su incineración parcial por decisiones individuales, y a la pérdida de una parte de los fondos monetarios sin conocerse su destino.

<sup>10</sup> BELOV, Georgi y BLAGOEVA, Stela: «El suceso del...», *op. cit.*, p. 1.

Pero a esta dinámica de tensión relacionada con los fondos del partido aún le quedaba un escalafón más: el enfrentamiento personal entre diferentes militantes comunistas. De hecho, algunos de ellos aprovecharon el episodio para dirimir sus rencillas personales, acumuladas durante los largos meses de la guerra. El caso más ilustrativo en este sentido fue el de Antonio Mije y Miquel Serra Pàmies. El primero se encargó de acusar al dirigente catalán de ser el único responsable del incumplimiento estricto del plan diseñado desde Moscú sobre el traslado de los fondos archivísticos y financieros hasta la frontera francesa. También insinuó abiertamente que Serra Pàmies había llevado a cabo una gestión poco clara con los fondos económicos, apuntándolo como uno de los potenciales beneficiados por la desaparición de una parte de esos recursos monetarios.

Estas acusaciones acabaron generando una atmósfera de desconfianza entre el colectivo comunista, del cual se hizo eco la propia IC. Moscú exigió a Serra Pàmies una definición personal sobre las acusaciones que le imputaba Mije, así como un informe personalizado sobre la actuación de otros militantes del PSUC que estaban recibiendo acusaciones en una línea similar, como eran los casos de Joaquín Olaso, Miquel Valdés, Pere Canals y Josep Marlés<sup>11</sup>. Ni unas ni otras se pudieron acabar de demostrar. Pero gestaron un ambiente de agudización de la tensión y el enfrentamiento interno dentro del comunismo en el exilio.

### *El drama humano y político de los militantes de base*

Una cuestión que no nos debe pasar por alto en la radiografía del inicio del exilio comunista español, y que está estrechamente vinculada con el resultado final del proceso de traslado de los fondos hacia el exilio, es el escenario físico sobre el cual se desarrolló dicho afer. Ni los primeros pasos sobre el suelo francés, ni los primeros asentamientos físicos de muchos militantes en los trágicamente conocidos campos de concentración del sureste francés, se convirtieron en el escenario idóneo para reducir la tensión que empezaba a palpase dentro del exilio comunista. Más bien, todo lo contrario.

La desorganización se apoderó de las primeras semanas de vida de los militantes comunistas en el exilio. Las memorias de muchos de ellos resultan altamente ejemplificadoras en este sentido. En términos generales, se encontraron ante un panorama de abandono generalizado: faltos de noticias de sus dirigentes y desconectados de la realidad que se producía fuera de los campos de concentración. El individualismo acabó convirtiéndose en el *modus vivendi* de la mayoría de ellos, más preocupados por cómo garantizar su propia supervivencia física, que no de articular el funcionamiento político del colectivo al cual pertenecían. El espíritu de grupo era casi inexistente.

<sup>11</sup> De ello dejaron constancia BELOV, Georgi y BLAGOEVA, Stela: «El suceso del...», *op. cit.*, p. 2.

El malestar, la indignación y la desesperación generada por toda esta situación llegaron a acentuarse por el trato que recibían de las autoridades francesas. La sensación de odio visceral hacia todo aquello que representase el estado francés creció como la espuma entre muchos militantes comunistas. El frío y el viento quedaban en un segundo término ante la deficiente infraestructura de los campos de concentración: numerosos barracones hechos de simples mantas, inexistencia de camas, falta de alimentos, suciedad por doquier. Un trozo de madera para dormir o un pequeño tablón sobre el que sentarse se convertían en productos de lujo. Y todo ello sin olvidar la dureza física y las miradas de prepotencia que recibían por parte de un buen número de guardias franceses<sup>12</sup>.

El panorama que acabamos de radiografiar persistió, e incluso en algunos casos llegó a acentuarse, durante los meses de marzo, abril y mayo de 1939. La tensión, el nerviosismo y el desánimo crecían. La magnitud y la dimensión que adquirió acabaron nuevamente provocando la intervención de la cúpula directiva del movimiento comunista internacional.

El Secretariado del Comité Ejecutivo de la IC reunido en sesión plenaria 16 de junio de 1939<sup>13</sup>, partió de una realidad objetiva desde su perspectiva:

[...] en el curso de los últimos meses la actividad de los Partidos Comunistas en ayuda de los republicanos españoles ha bajado considerablemente. Esta disminución de la actividad representa un peligro [...] Esta cuestión exige una solución urgente y práctica<sup>14</sup>.

El aparato directivo del PCE en primer lugar, y del PCF en segundo término, recibían un rotundo suspenso en su política de gestión y ayuda a la militancia comunista y a los miembros de las Brigadas Internacionales vinculados al PCE. Se calculaba una cifra aproximada de unos 500.000 militantes y 6.000 brigadistas entre los campos de concentración franceses y argelinos. Y en todos los casos se reconocía que su situación era sinónimo de torturas físicas y morales, hambre e inexistencia de las condiciones más elementales de la subsistencia humana.

No obstante, el drama humano que estaba sufriendo este colectivo no dejaba de ser un elemento secundario para la IC. Lógico desde la óptica de los

---

<sup>12</sup> Todas estas afirmaciones pueden seguirse con detalle a través de diferentes testimonios, entre ellos los de MIJE, Antonio: «Informe sobre la...», *op. cit.*, pp. 3-6; MORELL, Jaime: «Sin título». 12-V-1939, Fondo Serra Moret: caja 1 (10) b XII, 3 pp. CEHI; y PLANES, Jordi: «Efemérides de mi vida». Sin fecha, Fondo Antoni Planas: caja 2 (2) a (9), 17 pp. CEHI.

<sup>13</sup> Consultar SECRETARIADO DEL COMITÉ EJECUTIVO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA: «Sobre la cuestión de los refugiados españoles y de los combatientes en las Brigadas internacionales». 16-VI-1939, Fondo 495: circunscripción 18, caso número 1.291, 10 pp. RGASPI.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 1.

engranajes de la maquinaria estalinista, que otorgaban al factor político el elemento fundamental de cualquier colectivo integrado bajo sus siglas. Así, a partir de esta lógica y del intento de encauzar el control de la militancia comunista en el exilio, Moscú estableció la que estaba destinada a convertirse en la principal pauta de trabajo del PCE a partir de ahora, superando incluso a la línea de actuación contra el régimen franquista:

La solución del problema de los refugiados españoles y de los combatientes de las Brigadas Internacionales es actualmente la tarea práctica y política principal que se plantea ante el Partido Comunista Francés, el Partido Comunista de España y las otras secciones de la IC<sup>15</sup>.

La necesidad de revitalizar la estructura política del comunismo español en el exilio era una prioridad política en términos organizativos, pero especialmente desde la óptica ideológica. La IC consideraba que la reactivación política de esos militantes se convertiría en un símbolo eficaz de propaganda y fortaleza para todo el movimiento comunista internacional que ella dirigía. En otras palabras, el éxito de este proyecto otorgaría altas dosis de coherencia y fuerza moral a los acuerdos del VII Congreso de la IC, favorables a la unidad de acción de la clase obrera para evitar el triunfo del fascismo.

Definida la prioridad, tan solo quedaba determinar el listado de pasos a seguir para ejecutarla, teniendo como sujetos principales el PCE y el PCF. Veámoslo.

En primer lugar, se priorizó la creación de una campaña de agitación y propaganda, con dos grandes ejes: 1) Iniciar una campaña internacional de denuncia y sensibilización sobre la situación lamentable de los refugiados españoles en Francia y Argelia. El objetivo era reclamar el cierre de los campos de concentración y la mejora sustancial del nivel de vida de sus inquilinos. Para ello se acordaron iniciar una serie de acciones, de las cuales también formaban parte las secciones juveniles y sindicales del PCE y el PCF, que iban desde la confección de artículos de prensa (tanto en publicaciones específicamente comunistas, como en socialistas o liberales de izquierdas), hasta la celebración de mítines, conferencias y manifestaciones. Y todo sin olvidar las intervenciones de los diputados comunistas en el parlamento francés, en las instituciones regionales y en las municipales, además de intentar el apoyo público de personalidades relevantes de la vida cultural y científica del país; 2) presionar a las autoridades de Francia para iniciar una paulatina y progresiva integración de los exiliados en la vida social francesa. Para ello se estableció una amplia red de oposición pública a cualquier intento del estado francés de devolver los exiliados a España. Y se complementó con una campaña de difusión pedagógica de este mismo principio entre

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 2.

los propios exilados, llamándolos a hacer oídos sordos a la posibilidad de retornar a España, ya que ello supondría una claudicación ideológica contra el fascismo y una tumba segura para aquellos que escuchasen los cantos de sirena de una supuesta amnistía para los refugiados. Para conseguir el éxito de este ambicioso proyecto era necesario conseguir la inserción laboral de esos exiliados, a través de la triple vía del ámbito agrario, industrial (metal, minería, productos químicos, etc.) y las obras públicas (construcción de carreteras, canales, fortificaciones...). Finalmente, la posibilidad de acceder a la nacionalidad francesa era otra opción a tener presente.

En segundo lugar, se planteó la necesidad de complementar todas las acciones anteriores con una serie de medidas organizativas. Su punto de partida era la recaudación de fondos económicos entre los militantes comunistas franceses. Ello serviría para financiar la salida del mayor número posible de comunistas españoles de los campos de concentración, así como para asentar una sólida base para su posterior manutención. Una vez conseguido, los comunistas españoles deberían organizarse rápidamente en grupos, siguiendo la estructura jerárquica y disciplinada que caracterizaba a todas las secciones de la IC. En el caso de no poder conseguirse la salida de los campos de concentración, un diputado del PCF debería erigirse en representante del colectivo comunista en cada campo de concentración; y en el caso argelino hacerlo a través de un miembro del Comité Central del partido y un diputado. Finalmente, también se sondeó la posibilidad de establecer un Comité Internacional con personalidad jurídica y política que, bajo dirección comunista, funcionase de enlace con los gobiernos liberales y con la Sociedad de Naciones.

Toda esta lista de objetivos para reactivar políticamente a la militancia comunista en el exilio quedó en agua de borrajas pocas semanas después. El inicio de la Segunda Guerra Mundial dejó a una parte de ellas tan sólo activadas parcialmente, mientras que la mayoría quedaron en un proyecto teórico sin ejecución final.

Ahora bien, ello no dejaba de lado el hecho de que desde Moscú se había intentado un proceso de reconstrucción de la militancia comunista española. Y, además, con el agravante de encontrarse frente a un marco de exilio español y de guerra europea. Pero, por otro lado, no es menos cierto que desde la IC se había reaccionado y actuado con cierta lentitud cronológica, ya que las primeras acciones concretas se habían iniciado cuando hacía más de cuatro meses que se había iniciado el exilio y, además, las mediadas se habían empezado a aplicar muy lentamente. Esta distancia cronológica entre el inicio real del exilio comunista español y las primeras actuaciones por parte de la IC evidencian que el caso español no estaba bajo un dominio y control absoluto por parte de Moscú. Otra cuestión es la valoración moral que se puede plantear: ¿se podía considerar moralmente correcto colocar la prioridad política por encima de la humanitaria? En la lógica de la IC de los años treinta, sí. En la de muchos militantes, probablemente no.

Sea como fuera, la compleja relación entre el comunismo español y la IC no evitó que la tensión siguiese marcando el ritmo del exilio comunista. Primero, por el malestar presente en unos militantes de base que se sentían abandonados a su propia suerte, sin noticias ni preocupación por parte de sus superiores españoles e internacionalistas. Segundo, por el suspenso que la IC había establecido a la política del PCE y el PCF respecto a los militantes de base entre marzo y mayo de 1939. Tercero, por la urgencia y rapidez con la cual la dirección española y francesa tenían que reaccionar para aplicar las nuevas disposiciones establecidas desde Moscú sobre los militantes españoles en el exilio, en una atmósfera de creciente prebelicismo en el conjunto del continente europeo.

### *Las fricciones y disputas en las altas esferas*

Una vez analizada la realidad de la militancia comunista en el exilio, la radiografía de este colectivo no sería completa sin tener presente a sus cuadros directivos. En este caso, como en los anteriores, no se apreció ninguna sorpresa: la tensión fue el nexo común que definió su trayectoria.

El colectivo dirigente comunista vivió inmerso en una dinámica de constante y creciente tensión a partir de febrero de 1939 a causa de dos elementos. Uno, la línea política a adoptar ante la consolidación del exilio y del régimen franquista ante el final definitivo de la Guerra Civil. El otro, de más lenta clarificación que su antecesor, las fricciones y enfrentamientos entre la cúpula directiva del PCE y un sector de sus correligionarios del PSUC. Este segundo elemento aparentemente respondía a una disputa regional, pero su dimensión, intensidad, proyección y efectos la convirtieron en una cuestión de ámbito estatal. Sirva como simple ejemplo que su resolución implicó directamente la depuración de responsabilidades por la derrota en el nordeste republicano en febrero de 1939 y el establecimiento de dos secciones oficiales de la IC para el estado español.

Como ya hemos comentado, este segundo factor fue el que planteó mayor recorrido y dificultad de cara a su resolución. No es de extrañar si tenemos presente que se había gestado en la etapa final de la Guerra Civil. Así, desde febrero de 1938 el colectivo comunista catalán agrupado bajo el PSUC inició un fraccionamiento interno, cuya razón de fondo se encontraba en el modelo de vinculación que debía llevarse a cabo con su referente estatal, el PCE. Una primera línea, encabezada por el secretario general del PSUC, Joan Comorera, era favorable a mantener una relación de hermandad con el PCE pero que permitiera la independencia orgánica de su partido respecto a este último. Esta postura topaba frontalmente con otro sector, encabezado por cuadros dirigentes como Rafael Vidiella, favorables a la fórmula de definirlo como filial del PCE en Cataluña. Como era lógico esperar, estas últimas tesis tenían el apoyo de la totalidad de los cuadros directivos del PCE.

Aquello que creó un ambiente especialmente complejo y lleno de tensión, que acabó estallando con el inicio del exilio, fue la bendición que la IC realizó a las dos propuestas anteriores. Moscú opinaba que ésta era la vía más segura para garantizar que el PSUC abandonase su origen como partido esencialmente antifascista y se convirtiese en una organización plenamente comunista, ya que tanto el sector comandado por Comorera como el del PCE y Vidiella apostaban por ese objetivo. La IC consideraba que el tipo de vinculación orgánica a establecer con el PCE era un episodio menor, ya que lo asumía como una cuestión de dimensión regional, que tarde o temprano acabaría bajo control del PCE<sup>16</sup>.

Febrero y marzo de 1939 implicaron un estallido de ese conflicto latente. El primer paso en este sentido se produjo nada más pisar suelo francés. Comorera en persona se encargó de hacer llegar a Moscú un seguido de críticas sobre los delegados que la IC había tenido en España durante la Guerra Civil, y que se habían identificado abiertamente con las tesis defendidas por el sector representado por el PCE. Los acusó de ser los únicos culpables del aumento de la división interna dentro del comunismo catalán y, a partir de aquí, de generar confusión, tensión y desconfianza en el conjunto del comunismo español en el exilio<sup>17</sup>.

Esta primera flecha envenenada estuvo acompañada de una segunda. El 2-3 de marzo de 1939 se celebró una reunión del aparato directivo del PSUC que debía marcar la composición de sus cuadros dirigentes para afrontar el exilio, conocido como el Comité Central de Amberes<sup>18</sup>. Las dos tendencias se enroscaron en un sinfín de reproches y acusaciones mutuas, muchas de ellas desenfocadas de la realidad. En este sentido, fueron los defensores de las tesis de Comorera los que movieron primero ficha. Se encargaron de hacer llegar a la IC una síntesis notablemente manipulada sobre el contenido del Comité Central de Amberes. Omitieron los factores que podían resultar más críticos a los ojos de la IC, fundamentalmente el carácter nacional del partido catalán y sus aspiraciones de independencia respecto al PCE. Pero además les añadieron elementos susceptibles de ser considerados positivos por parte de la plana mayor del organismo internacional, entre los que destacaban dos elementos: la voluntad de mejorar la relación con el PCE, pero nunca bajo la fórmula de la fusión; y la exención de cualquier responsabilidad en la derrota republicana en el nordeste peninsular<sup>19</sup>.

<sup>16</sup> Consúltese PUIGSECH, Josep: *Nosaltres, els comunistas...*, *op. cit.*, pp. 41-89.

<sup>17</sup> Véase MIJE, Antonio: «Informe sobre la...», *op. cit.*, pp. 4-5.

<sup>18</sup> El citado comité se reunió realmente en París, aunque formalmente se presentó como una reunión celebrada en la ciudad belga para así evitar el control policial.

<sup>19</sup> Así se recoge en ANÓNIMO: «Extracto del informe del camarada Joan Comorera de la primera sesión del CC del PSU de Cataluña el 2 y 3 de marzo de 1939». 13-III-1939, Fondo 495: circunscripción 18, caso número. 1291, 8 pp. RGASPI.

La respuesta del sector comandado por el PCE y Vidiella no se hizo esperar, manifestándose directamente a través de la voz de la propia dirección del PCE. Esta última se encargó de transmitir a Moscú un seguido de informes desestimando las tesis presentadas por sus adversarios, para posteriormente asegurar que los errores que se habían cometido en Cataluña a partir de los sucesos de mayo de 1937 eran resultado único y exclusivo de las debilidades e ineptitudes del colectivo agrupado bajo la figura de Comorera. Es más, incluso llegaron a acusar a estos últimos de estar alejados de los principios comunistas y de cualquier voluntad de mantener sólida y unida la totalidad del comunismo español en el exilio<sup>20</sup>.

La tensión crecía por momentos. Muestra de ello fueron las primeras expulsiones de militantes del PSUC, que acabaron afectando a miembros de ambas tendencias. Fueron acusados de actos de debilidad política, críticas a la IC, errores ideológicos e indisciplina respecto a sus superiores<sup>21</sup>.

Así se llegó a la franja comprendida entre abril y mayo de 1939. El sector encabezado por Comorera intentó un golpe de timón. La IC recibió la petición, en tono de exigencia, de llevar a cabo el reconocimiento del PSUC como sección oficial de la IC<sup>22</sup>. A los argumentos ya conocidos, se le añadió la difusión de unas manifestaciones realizadas por dos altos cargos dirigentes del PCE, Vicente Uribe y Checa, favorables a mantener coyunturalmente la independencia orgánica del PSUC respecto al PCE, en aras de garantizar el final del proceso de conversión del partido catalán en una organización plenamente comunista y asegurar su control por parte de la IC<sup>23</sup>.

La creciente crispación que generaba este fraccionamiento llegó a provocar la intervención directa de la IC. Moscú exigió a dos de sus delegados la realización de un estado de la cuestión sobre la situación del exilio comunista español. Nuevamente, la IC intervino tarde, cuando ya se llevaban más de tres meses de sangría interna. Y, al igual que en otras ocasiones, lo hacía a rebufo de las realidades que marcaba el comunismo español. El exilio comunista, y no Moscú, era quien marcaba la pauta de la relación entre ambos protagonistas en la franja cronológica

<sup>20</sup> En esta línea caben destacar los materiales correspondientes a ARDIACA, Pere: «Al Buró Político del PCE». 22-III-1939, Fondo PSUC: carpeta 20, pp. 1-2. AHCCPCE; y MIJE, Antonio: «Informe sobre la...», *op. cit.*, p. 15.

<sup>21</sup> Los protagonistas de esas expulsiones fueron Víctor Colomer, Miquel Ferrer, Wenceslao Colomer, Miquel Curcó, y Lluís Gatell, tal y como se reproduce en COMITÉ EJECUTIVO DEL PSUC: «Reunión del C. E. del PSUC. 13-4-39». 13-IV-1939, Fondo PSUC: carpeta 20, p. 4. AHCCPCE.

<sup>22</sup> Véase SECRETARIADO DEL PSUC: «Acuerdos tomados en la reunión del Secretariado del día 1 abril 1939». 1-IV-1939, Fondo PSUC: carpeta 20, pp. 1-2. AHCCPCE.

<sup>23</sup> En este sentido, consultar CHECA, Pedro y URIBE, Vicente: «Sin título». 31-V-1939, Fondo 495: circunscripción 120, caso número 239, pp. 16-17. RGASPI.

de febrero-mayo de 1939. En definitiva, una muestra más que la relación IC-comunismo español no era sinónimo de dependencia y sumisión absoluta del segundo respecto al primero.

Los resultados exigidos por la IC no tardaron en llegar. Stepan Minev fue el primero en dejar constancia que existían graves divergencias y luchas fraccionales en el colectivo comunista, desencadenadas por la valoración del papel jugado por el PCE durante la Guerra Civil y los días iniciales del exilio. Además, manifestó que la discusión directa entre los secretarios generales del PCE y el PSUC se estaba convirtiendo en una bomba de efectos imprevisibles<sup>24</sup>.

Ernö Gerö se erigió en el segundo informador. Fue más contundente que su predecesor y no dejó lugar a dudas. Centró sus inculpaciones en la falta de tacto de los dirigentes del PCE respecto a la cuestión nacional catalana y en las constantes intervenciones unilaterales que éstos habían llevado a cabo sobre las decisiones relacionadas con el ámbito catalán. Todo ello sin dejar de lado su apreciación que el PCF podía haber trabajado más eficazmente para ayudar a suavizar las tensiones dentro del exilio comunista español. Por todo ello, la conclusión del húngaro era bien clara:

Los materiales recibidos en los últimos días por parte del Comité Central del PC de España demuestran claramente que en las últimas semanas las relaciones recíprocas entre el PC de España y el Partido Socialista Unificado de Cataluña han empeorado mucho y se ha llegado a una situación extremadamente peligrosa [...] Sería necesario decidir rápidamente, de una vez por todas, el problema de la relación recíproca entre ambos partidos, ya que en caso contrario se pude llegar a una situación aún más grave<sup>25</sup>.

Ante este panorama, la dirección de la IC decidió reunir a la cúpula dirigente del exilio comunista español. El organismo internacional buscaba así invertir el orden de la relación existente entre ella y sus correligionarios españoles, en la cual Moscú había ido por detrás de las realidades marcadas por el exilio hasta ahora. La oportunidad también se aprovecharía para establecer las grandes líneas de actuación del conjunto del comunismo español ante la consolidación momentánea de su exilio y el triunfo franquista en la totalidad del estado español. El final definitivo de la Guerra Civil así lo requería. Además, los cuadros dirigentes del PCE se encontraban en la capital soviética, al igual que Comorera que llegó requerido por orden de Moscú, junto con un par de sus correligionarios, Serra Pàmies y José del Barrio.

El 19 de junio de 1939 se llevó a cabo una larga e intensa reunión del aparato dirigente de la IC bajo el significativo título de *El problema español*. La presen-

<sup>24</sup> Véase MINEV, Stepan: «Comunicación del camarada Moreno». 19-V-1939, Fondo 495: circunscripción 74, caso número 220, 7 pp. RGASPI.

<sup>25</sup> Consúltese GERÖ, Ernö: «Sin título». 11-VI-1939, Fondo 495: circunscripción 10 a, caso número 244, pp. 1 y 6. RGASPI.

cia de diez miembros de la estructura directiva de la IC y siete del PCE tenía que servir para establecer el primer pilar de unidad y orientación común del exilio. Manuilski, Togliatti, Minev, Gerö, Gottwald, Kuusinen, Gulaiev, Florin, Kolarov, Kruskhov, Díaz, Ibárruri, Líster, Uribe, Checa, Hernández y Modesto cargaron sobre sus hombros con esa responsabilidad, y concretamente *Pasionaria* con la voz del PCE en esa reunión. La política a seguir quedó perfectamente establecida bajo siete ejes de actuación, sin posibles matices ni excepciones, comunes para todos los comunistas españoles. Veámoslos.

En primer lugar, se acordó definir la composición definitiva del Buró Político del PCE en un plazo máximo de tres días, con el objetivo de generar la estabilidad necesaria para afrontar con garantías las nuevas órdenes acordadas desde Moscú. En segundo lugar, reorganizar los recursos financieros del partido a través de reactivar el sistema de recaudación de las cuotas de los militantes, con el objetivo de dedicarlos a las necesidades de reorganización interna del PCE. En tercer lugar, tener constantemente informada a la IC sobre la trayectoria y el estado de la evolución político-ideológica de cada uno de los cuadros dirigentes del partido, especialmente aquellos que pudiesen presentar algún tipo de desavenencia o crítica hacia Moscú. En cuarto lugar, los partidos integrados en la IC tenían que articular una red de ayuda al exilio comunista español, con el objetivo de evitar la consolidación del régimen franquista. En quinto lugar, delimitar las relaciones con el movimiento anarquista, especialmente con la Federación Anarquista Ibérica, debido a su alto grado de radicalización y oposición al movimiento comunista ejercido durante los años de la Guerra Civil. En sexto lugar, potenciar el trabajo en común y la propaganda comunista dentro de cualquier colectivo antifascista del exilio republicano. Y, finalmente, encargar a la delegación del PCE presente en Moscú, junto con la figura de Togliatti, la difusión y el acatamiento de los citados acuerdos entre toda su masa de exiliados<sup>26</sup>.

El comunismo en el exilio recibía así sus líneas maestras de actuación. La unanimidad se había conseguido y se había realizado con una rapidez notable. En definitiva, se había desactivado el primer gran núcleo de tensión de los dirigentes comunistas españoles. No obstante, aún quedaba por solucionar el otro gran tema: la herencia de la Guerra Civil. Y ésto era harina de otro costal.

El primer paso en este sentido se llevó a cabo el 24 de junio de 1939. Siete miembros del PCE formaron parte de la citada reunión, conjuntamente con

<sup>26</sup> La exposición detallada de todas estas cuestiones puede seguirse en la siguiente referencia: SECRETARIADO DEL COMITÉ EJECUTIVO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA: «Reuniones del 19 de junio de 1939 y 22-24 de junio de 1939». 19 al 24-VI-1939, Fondo 495: circunscripción 18, caso número 1.285, 14 pp. RGASPI.

ocho altos cargos del organismo internacionalista. En representación de los primeros, los mismos que habían formado parte de la delegación española el 19 de junio de 1939. Por los segundos, Manuilski, Kuusinen, Togliatti, Gerö, Gulaiev, Stepanov, Krushkov, Kolarov, Florin y Blagoeva. Mientras tanto, Comorera se convertía en el nuevo invitado, con derecho a voz y voto.

La primera resolución que se decidió aportar fue reconocer el PSUC como sección oficial catalana del organismo internacional<sup>27</sup>. Los debates que llevaron a esta resolución fueron largos y retóricos, aunque no aportaron ninguna novedad significativa respecto a los argumentos que ya habían venido plasmándose desde febrero de 1939, motivo por el cuál no resultará necesario detallarlos<sup>28</sup>.

Sin embargo, sí que merece destacarse el hecho de que esta resolución convertía el comunismo español en una espectacular excepción dentro de las filas de la IC: dos secciones oficiales, PCE y PSUC, representaban a un único estado, España. El movimiento obrero comunista español incumplía así el dogma *un estado, un partido*, que había vertebrado a la IC desde 1919. Y por si todo ello no fuera suficiente, no debemos perder de vista que esas dos secciones nacionales representaban a su estado desde el exilio. La pregunta de fondo era obvia: ¿qué honores había gestado el comunismo español para merecer ese estatus de extraordinaria excepción dentro de las filas de la IC?

La decisión de Moscú se explicaba bajo la perspectiva de tratarse de una solución de consenso, aunque aparentemente pudiera parecer todo lo contrario. Al fin y al cabo, el sector identificado con Comorera conseguía un aparente triunfo, ya que el PSUC se convertía en una organización reconocida oficialmente por la IC como su representante en Cataluña y, por tanto, de ello se derivaba su independencia respecto al PCE. Así, pues, parecía guillotinarsse cualquier atisbo de unidad del exilio comunista.

Pero nada más lejos de la realidad. La IC había introducido el requisito de intensificar las relaciones entre PCE y PSUC si este último quería recibir su reconocimiento como sección oficial del organismo internacional. Ello implicaba la inutilización de cualquier viabilidad a un hipotético funcionamiento independiente del PSUC respecto al PCE. Es más, obligaba a intensificar la relación entre ambos, invirtiendo la dinámica que se había ido desarrollando desde febrero de 1939.

En definitiva, Moscú había creado un híbrido. Pero el obligado cumplimiento de ambas disposiciones zanjaba una de las dos pesadas losas que el exilio comunista

<sup>27</sup> Esta es la fecha que parece más probable, ya que las sesiones de la cúpula directiva de la IC que constataron esta resolución finalizaron el 14-VI-1939. Véase *Ibidem*.

<sup>28</sup> *Ibidem*.

arrastraba desde el inicio de la Guerra Civil. Y lo hacía bajo la fórmula de una inapelable y total sumisión a la IC.

El otro gran lastre de la Guerra Civil se afrontó con esa misma voluntad. El aparato ejecutivo de la IC se reunió durante el mes de agosto de 1939, para poner sobre la mesa el otro gran escollo que sangraba internamente al aparato directivo del comunismo en el exilio. Las responsabilidades por la derrota republicana en el nordeste peninsular entraban en juego. Los cuadros directivos de la familia comunista española presentes en Moscú, así como la propia dirección de la IC, partieron de la tesis que esa derrota había supuesto el auténtico golpe de gracia para la suerte final de la República Española. Ella había decapitado cualquier posibilidad de resistencia real republicana en la zona centro peninsular y, de facto, se había convertido en la auténtica derrota final de la República. Así, pues, no se trataba de esclarecer las causas de una simple derrota regional sucedida en territorio catalán, sino de clarificar la génesis de la derrota final de la República Española.

El auditorio seleccionado para tal ocasión bien merecía la importancia de nombres como los del número uno de la IC, el búlgaro Dimitrov, su lugarteniente de origen ucraniano Manuilski, y figuras emblemáticas de demostrada reputación como Minev, Gerö, Pieck, Gottwald, Guyot, Kolarov y Florin. El círculo se completaba con los auténticos actores principales de la reunión: Díaz, Ibárruri y Hernández, en tanto que representantes del Comité Central del PCE; Comorera, del Barrio y Serra Pàmies, en virtud de miembros de la última dirección del PSUC en el exilio. Todos ellos frente a frente<sup>29</sup>.

El fuego fue abierto por la representación de la directiva del PCE. Llegó a la sala de plenarios con los deberes hechos, con una buena dosis de autocrítica que sirviese para intentar llegar a algún punto de consenso.

Su apuesta fue reconocer abiertamente que habían cometido errores importantes de estrategia y en la toma de decisiones durante los meses finales de la guerra en el nordeste republicano. El punto de partida se situó en mayo de 1937. Díaz, Ibárruri y Hernández asintieron ante la afirmación de que la relación del Gobierno de la República y de la Generalitat fue deficiente. La preeminencia del PCE en el primero, y del PSUC en el segundo, trasladaba este conflicto al interior del colectivo comunista en el exilio. La dirección del PCE participó activamente en esa correa de transmisión, en la medida que reconoció a la cúpula directiva de la

<sup>29</sup> El seguimiento detallado de la lógica y el debate de las causas de la derrota republicana en el nordeste peninsular puede seguirse en PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA: «Conclusiones sobre la actividad, debilidades y errores de la dirección del Partido en el último período de la guerra». 25-VII-1939, Fondo 495: circunscripción 20, caso número 279, 5 pp. RGASPI; y en SECRETARIADO DEL COMITÉ EJECUTIVO DE LA IC: «Reuniones del 14-20 de agosto de 1939». 14 al 20-VIII-1939, Fondo 495: circunscripción 18, caso número 1291, 45 pp. RGASPI.

IC sus desconfianzas, reproches y descalificaciones respecto al trabajo que estaban realizando sus correligionarios catalanes en el nordeste peninsular. Así lo justificaron:

[...] Otro de los factores que aconsejan a la dirección del P. su estancia en Cataluña, era por la importancia que esta región tenía para toda la guerra y también la política turbia e inconsistente del Gobierno de la Generalidad y de la debilidad del PSUC para luchar contra todos los elementos capituladores de los partidos catalanes<sup>30</sup>.

La dirección del PCE también reconoció errores propios, poniendo así en escena la autocrítica. Constató que pecó de dinámica burocrática en el momento de tomar decisiones políticas y militares, pero las justificó en base a la creciente imbricación del PCE en la estructura del aparato estatal republicano. También reconoció haber manifestado nerviosismo y tirantez en los debates internos del partido, pero los argumentó en base a la tensión creciente que existía en la retaguardia republicana. Y, por si todo ello no fuera suficiente, asumió que un par de elementos externos al propio movimiento comunista le acabaron influyendo en la toma de decisiones poco acertadas: 1) Las resistencias que existían a la política de Juan Negrín entre una buena parte del conjunto del territorio republicano, achacadas a la actividad de los elementos caballeristas, trotskistas y anarquistas, que no hacían otra cosa que favorecer un ambiente de capitulacionismo en el conjunto de la República; 2) la negativa evolución de la guerra, analizada estrictamente desde la óptica militar.

Todo este cúmulo de elementos sirvió al Buró Político del PCE para reconocer que habían cometido un grave error táctico en la franja cronológica de finales de 1938 e inicios de 1939. Ahora bien, aplicando el mecanismo de autocrítica estalinista, ni Díaz, ni Ibárruri ni Hernández asumieron la responsabilidad fundamental de este devenir. La culpabilidad fue a parar a uno de sus compañeros de viaje, a quien la salvación de sus superiores le había dejado a pecho descubierto ante la dirección de la IC. El agraciado no era otro que Uribe.

Uribe fue señalado como responsable de reforzar la dirección del partido en Cataluña, desencadenando así los errores posteriores del PCE en la gestión de la retaguardia y el frente de combate en Cataluña. Díaz, Ibárruri y Hernández señalaron a la cúpula directiva de la IC la gravedad de la decisión tomada por Uribe en base a dos argumentos. A saber: 1) Dejó muy fraccionado el conjunto de las fuerzas de la República en el conjunto del territorio peninsular republicano, ya que la inmensa mayoría del ejército republicano y las instituciones del estado se encontraban en la franja centro-sur; 2) generó un grado de tensión creciente dentro de las propias filas comunistas, debido a la excesiva concentración

<sup>30</sup> PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA: «Conclusiones sobre la...», op. cit., p. 3.

de militantes y cuadros directivos en el nordeste republicano, focalizándose en una tensa convivencia con buena parte de los comunistas catalanes.

Por todo ello, los tres dirigentes del PCE afirmaron con rotundidad:

[...] Con la pérdida de Cataluña, con la destrucción de las mejores y más disciplinadas fuerzas de la República, con la pérdida del mejor material de guerra y de toda la base industrial de la República, éste recibe un golpe muy fuerte. La catástrofe de Cataluña arrastró todo el aparato de Estado, que se descompuso rápidamente y marca el fin de la política de resistencia<sup>31</sup>.

El relato realizado por Díaz, Ibárruri y Hernández no analizaba los motivos concretos que habían generado la colisión frontal con buena parte de sus correligionarios en Cataluña. Pero la generosa documentación de los fondos archivísticos de la extinta Unión Soviética permite realizar una radiografía bastante precisa de esa realidad gracias a un nuevo testimonio, Stepan Minev (Stepanov)<sup>32</sup>. El delegado búlgaro de la IC había sido uno de los inductores de la política del PCE durante la Guerra Civil, conjuntamente con el italiano Palmiro Togliatti, a partir de mediados de 1937. Así, pues, se trataba de una voz más que autorizada. Y, por ello, no decepcionó.

Minev dejó bien claro que la dirección del PCE establecida en Moscú seguía convencida de que la responsabilidad fundamental de la derrota militar en el nordeste peninsular residía en la actuación de los comunistas catalanes, a pesar de toda la autocritica que había realizado anteriormente. Ello suponía un enfriamiento de la voluntad conciliadora con la cual la dirección de la IC había convocado esta sesión en Moscú. Pero así era la realidad.

Stepanov abrió el fuego con la percepción que mantenía la cúpula del PCE, según la cual los comunistas catalanes habían boicoteado el Frente Popular desde mayo de 1937. La vía utilizada para ello había sido las constantes críticas y desautorizaciones a la política del Gobierno Negrín, tanto en cuestiones de política militar como internacional, pasando por la propia composición del gobierno. La crisis gubernamental de agosto de 1938 acabó siendo su conclusión más evidente. Pero su resolución aún agravó más la dinámica de boicot. La entrada de los comunistas catalanes en el Gobierno de la República, ocupando un ministerio, no

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 3.

<sup>32</sup> Las opiniones del búlgaro quedaron ampliamente expuestas en un informe de más de doscientas cincuenta páginas. Aunque fue redactado una vez ya habían concluido los debates internos en el seno de la IC sobre las causas de la derrota republicana, Stepanov ya hacía tiempo que utilizaba la vía oral para hacer circular estas opiniones en los círculos de la IC. Por lo tanto, sus opiniones ya eran conocidas por las autoridades de la IC durante el mes de agosto de 1939. La referencia documental correspondiente es la siguiente, en MINEV, Stepan: «Las causas de la derrota de la República». 9-IX-1939, Fondo 495: circunscripción 74, caso número 219, 262 pp. RGASPI. Copia de los fondos del RGASPI depositada en el CEHI. Caja 3 (3. a.).

sirvió para que estos últimos redujesen su campaña de desacreditación de Negrín, más grave aún en la medida que se realizaba desde el propio Gobierno republicano. Por todo ello, Stepanov concluyó que los comunistas catalanes habían generado un trabajo fraccional y quintacolumnista dentro del gobierno estatal.

Cerrada esta cuestión, el dirigente búlgaro enarboló una segunda reprimenda. Los comunistas catalanes no habían sabido estar a la altura política e ideológica ante una situación tan compleja como la de una guerra civil. El desastre llegó a ser de tal magnitud que el PCE se vio obligado a iniciar una política de intervención sobre el comunismo catalán, con el objetivo de elevar el nivel político e ideológico de sus militantes y solucionar los problemas que ellos no habían sabido finiquitar. Pero los comunistas catalanes se negaron a recibir estos apoyos, haciendo así más que evidentes sus debilidades ideológicas y políticas.

Stepanov alargó aún más su diatriba y apuntó directamente al Gobierno de la Generalitat. Consideraba que se había producido un fuerte empeoramiento de las relaciones entre el gobierno estatal y el autonómico catalán a partir de finales de 1938. Ello a pesar de reconocer el esfuerzo militar llevado a cabo por este último durante la Batalla del Ebro, así como su compromiso de lucha contra el enemigo trotskista en la retaguardia. La traducción de ese empeoramiento entre ambos ejecutivos fueron las constantes diferencias sobre la política militar y económica a seguir en el nordeste peninsular. Aunque su trasfondo más profundo fueron los continuos errores y vacilaciones en las decisiones adoptadas, ya que no se realizó ningún tipo de consulta previa a los cuadros del PCE. Concretamente se señalaron los casos paradigmáticos de la incapacidad para solucionar los graves problemas de suministros en muchos municipios, que habían acabado degenerando en muchos casos en episodios de hambre colectiva, así como los intentos para establecer un acuerdo con el sector besteirista del PSOE para sustituir a Negrín.

Finalmente, Stepanov acentuó el grado de sus críticas al llegar a la cuestión nacional. El discurso extremadamente nacionalista que circulaba entre muchos comunistas catalanes, y muy especialmente en su secretario general, sobredimensionaba y magnificaba el supuesto centralismo del gobierno Negrín respecto al nacionalismo catalán. La realidad era que el comunismo catalán se había decantado hacia posturas de separatismo pequeño burgués.

La reacción a todas estas tesis manifestadas por Díaz, Ibárruri, Hernández y Stepanov se encontraría en Comorera<sup>33</sup>. La falta de autocritica con la que este último presentó su informe a la dirección de la IC sorprendió a los allí reunidos. Pero quedó compensada por el ejercicio de voluntad de consenso, con el cual atribuyó las responsabilidades de la derrota a elementos externos a la familia comunista,

<sup>33</sup> La lectura detallada de esta ponencia puede consultarse en la referencia siguiente: SECRETARIADO DEL COMITÉ EJECUTIVO DE LA IC: «Reuniones del 14...», *op. cit.*

dejando de lado muchas de las acusaciones que había recibido de parte de Díaz, Ibárruri, Hernández y Stepanov. Sus objetivos fueron el conglomerado anarquista y poumista en primer lugar, y después el Gobierno de la República.

La Confederación Nacional del Trabajo, la Federación Anarquista Ibérica y, especialmente, el Partido Obrero de Unificación Marxista fueron acusados de quintacolumnismo y boicot a las instituciones y legitimidad republicana, así como de generar una constante desorganización y caos en la retaguardia y el frente. Por todo ello, era fácil concluir que las actividades libertarias y poumistas habían acabado generando una atmósfera de desestabilización política y militar de tales dimensiones, que explicaban la derrota militar final en el nordeste peninsular republicano.

El Gobierno de la República fue el otro gran acusado por Comorera. Se hizo a través de una fórmula compleja y, si se quiere, antinatural; pero, al mismo tiempo, efectiva en aras de la búsqueda de consenso dentro del exilio. El PCE quedó exculpado de cualquier responsabilidad directa en los errores cometidos por el Gobierno de la República, ya que éstos se focalizaron en la figura de su cabeza de gobierno, Negrín. A él se le achacó el centralismo, las actividades antiobreras, el sabotaje económico y financiero, y la política militar que habían conducido a la derrota en el nordeste republicano. En este sentido se hizo especial hincapié en los factores específicos que determinaron la derrota militar: falta de coordinación entre los diferentes núcleos operativos del Ejército de la República, así como entre la retaguardia y el frente de batalla; lenta movilización de los recursos humanos durante los meses de la batalla del Ebro; y errónea evaluación del potencial, capacidad y activos de las fuerzas republicanas y las sublevadas.

Comorera reconoció, como habían hecho en su momento Díaz, Ibárruri y Hernández, que las relaciones entre el Gobierno de la República y de la Generalitat habían sido deficientes. Pero aquí la autoría también recayó directamente en la cabeza visible de cada gobierno, el ya citado Negrín por un lado, y Lluís Companys por otro. Las incompatibilidades personales entre ambos dirigentes, así como su propia incapacidad para el diálogo y la cooperación fueron presentadas como los elementos que generaron esa dinámica.

La suerte estaba echada. La decisión final sobre las responsabilidades por la derrota en el nordeste republicano estaba en manos de los cuadros dirigentes de la IC. Éstos se decantaron por la línea manifestada por Comorera, más favorable a la conciliación del exilio que la manifestada por el PCE y, sobre todo, Stepanov. Por lo tanto, las responsabilidades recayeron fundamentalmente en los elementos externos que Comorera había manifestado. Ello no implicó dejar totalmente inmaculado al comunismo español en el exilio.

Así, pues, la clarificación de las citadas responsabilidades tenía que servir para empezar a cerrar de forma definitiva la tensión que había caracterizado el devenir del movimiento comunista desde febrero de 1939. El establecimiento de la línea política que tenía que seguir el comunismo español en el exilio y ante el régimen franquista, así como el reconocimiento del PSUC como sección oficial de la IC, se habían convertido en los otros ejes de esta voluntad. La rectificación de la política respecto a los militantes de base, muchos de ellos aún en los campos de concentración franceses, aportaba el resto.

En otras palabras, la IC había conseguido establecer las bases para aplacar de forma definitiva la tensión que había consumido los primeros meses del exilio comunista español. Además, había reconducido su relación con este colectivo, ya que era Moscú, y no el exilio español, quien determinaba el ritmo y las órdenes de la relación. Es más, estas últimas se ejecutaban de forma taxativa según las directrices establecidas en la capital del país de los soviets, convirtiendo el exilio español en un marco de sumisión a sus órdenes.

No obstante, las esperanzas que se podían depositar en esta nueva tendencia quedarían truncadas rápidamente. La invasión de Polonia por parte de las tropas alemanas en septiembre de 1939 abría una nueva etapa de la historia mundial, de la cual el exilio comunista español no quedaba exento. Las nuevas directrices aprobadas desde Moscú apenas tendrían tiempo material de empezar a ponerse en funcionamiento. Pero eso ya no forma parte del presente artículo.